

Federico Campbell

Las claves de la memoria

Margo Glantz

La labor del periodista puede significar la desaparición del escritor, al hablar por los otros, al poner la voz propia al servicio de la expresión de los demás. Federico Campbell desarrolló una apasionada trayectoria en el dominio de la palabra escrita, en los límites huidizos del periodismo y la literatura, desde donde asedió temas como la memoria, el padre, el poder, la violencia...

1. ¿FETICHES?

El periodista Juan Diego Quesada dio con estas palabras la noticia de la muerte, en febrero de 2014, de Federico Campbell: “Ha muerto este sábado en la Ciudad de México a los 72 años. El también ensayista y articulista, con quien ya no se cruzarán sus vecinos del barrio de La Condesa enfundado en sus zapatos italianos, llevaba medio siglo viviendo en otros sitios, pero su obra y su vida están marcadas a fuego por el esquizofrénico lugar en el que nació: Tijuana”.

Y me llama la atención que en esta nota necrológica aparezca como un dato importante el tipo de zapatos que Federico usaba; al releer o leer por vez primera varios de sus libros para preparar esta intervención mía en su homenaje, advierto un dato autobiográfico reiterado en su vasta obra, a mi modo de ver eminentemente autobiográfica, aunque de reportajes o de entrevistas se tratase.

En el capítulo VI de *Todo lo de las focas*, novela incluida en *Tijuanenses*, su obsesiva recreación de la ciudad donde nació y vivió su infancia con su familia, su madre y sus hermanas, donde murió su padre y donde sufrió una complicada aunque fantasiosa historia de amor,

el protagonista narra: “Antes de llegar a mi casa vi un choque de autos. *La vecina que una vez me regaló unos zapatos* discutía acongojada con un policía...”, y en otro párrafo continúa diciendo:

Mucho más tarde la casa de junto se quedaba sin luz, excepto en la parte trasera. Pude ver desde la mesa que alguien se movía dentro de la recámara tras las persianas. Me la quedé viendo a ella, *a la vecina que una vez me regaló unos zapatos*. La mujer se desvestía nerviosa. Era delgada. No alcanzaba a verle el rostro... La intrusión de la vecina hacia la parte lateral de la persiana entreabierta me apuró a apagar la luz. Y la vi. Se reflejaba desnuda en el espejo. De pronto una mano surgió de abajo. Desde el marco inferior de la ventana, y ella la tomó con la suya reclinándose y desapareciendo bajo las líneas horizontales de la persiana.

El capítulo termina con una nota roja, cuando el protagonista abandona su ciudad y, rumbo al aeropuerto, cuenta que: “me subí otra vez al taxi. Un cortejo fúnebre de autos encabezados por una carroza nos cerró el paso.

“¿La conocía usted? —dijo el chofer.

“Sí —contesté—. Era la vecina [la de los zapatos, añadido yo]. Murió anoche. Tomó barbitúricos”.

El personaje es un joven, un joven a punto de abandonar la ciudad natal para tratar de empezar su vida en otra parte, un joven que como todos los jóvenes se inicia en la sexualidad. Curiosamente, en un texto del mismo *Tijuanenses* intitulado “Anticipo de incorporación”, claramente un texto de iniciación, el narrador empieza con estas palabras su relato: “Mi madre y yo nunca nos llevamos muy bien. Hijo único entre dos hermanas, pronto me di cuenta de que nada tenía que hacer en territorio enemigo. Se trataba de una batalla perdida de antemano, escapé en cuanto pude de aquella casa tomada desde los cimientos por el gusto, el tono, las mujeres que rodeaban a mi madre”.

Vuelve a aparecer en el mismo relato e intempestivamente la madre, ya sola, las hermanas lejos, cuando el protagonista inicia su vida independiente en otra ciudad, en este caso Hermosillo. Llega a visitarlo y a pedirle que se vaya a vivir con ella, él se niega y la madre, antes de partir, le entrega un regalo. “Salí de la terminal —concluye el narrador— con las manos en los bolsillos y la caja de zapatos bajo el brazo”.

© ALR / Conanilla



Federico Campbell

2. EL HOMBRE INVISIBLE

El capítulo final de *Todo lo de las focas* es significativo. Después de la desaparición de Beverly, la amada misteriosa, posiblemente inexistente, el joven está solo en una habitación neutra, a la que ha despojado de cualquier signo de familiaridad, un lugar situado en un espacio fronterizo, es decir, al lado de la cerca de alambre que separa de manera ominosa a México de Estados Unidos. Y de la experiencia de ese vacío tanto físico como mental, de la irreductible conciencia de lo dividido, nace la convicción de la propia inexistencia, signo desafiante, el de la invisibilidad:

De repente cierro la boca, el reconocimiento súbito de que no soy yo el que habla, ni siquiera tal vez el que abra la boca y mueve los labios y traga saliva y contrae el estómago y siente el estiramiento inclemente de todos los conductos digestivos, pero lo cierto es que lo hago sin alzar la voz, de eso me cuido mucho, lo digo en voz bajísima. O lo escribo a mano para no perturbar los oídos de nadie, me apena mucho estar aquí hablando, permídenme por hacer ruido...

Y el ruido inmediato, concreto, proviene de los aviones que sobrevuelan su casa fronteriza, pero sobre todo del oficio que habrá de elegir para definir su vida, el de periodista, un oficio que hace ruido, pues si no se hace ruido, si no se llama la atención, de nada vale la pena

practicar ese oficio. No en balde su primer libro es una serie de entrevistas con escritores españoles intitulado *Infame turba*, libro que hizo historia, marcó otra línea fronteriza, la del franquismo y su próxima muerte y la de la aparición de personajes que habrían de convertirse en los más importantes escritores españoles de su generación en el ya lejano año de 1971.

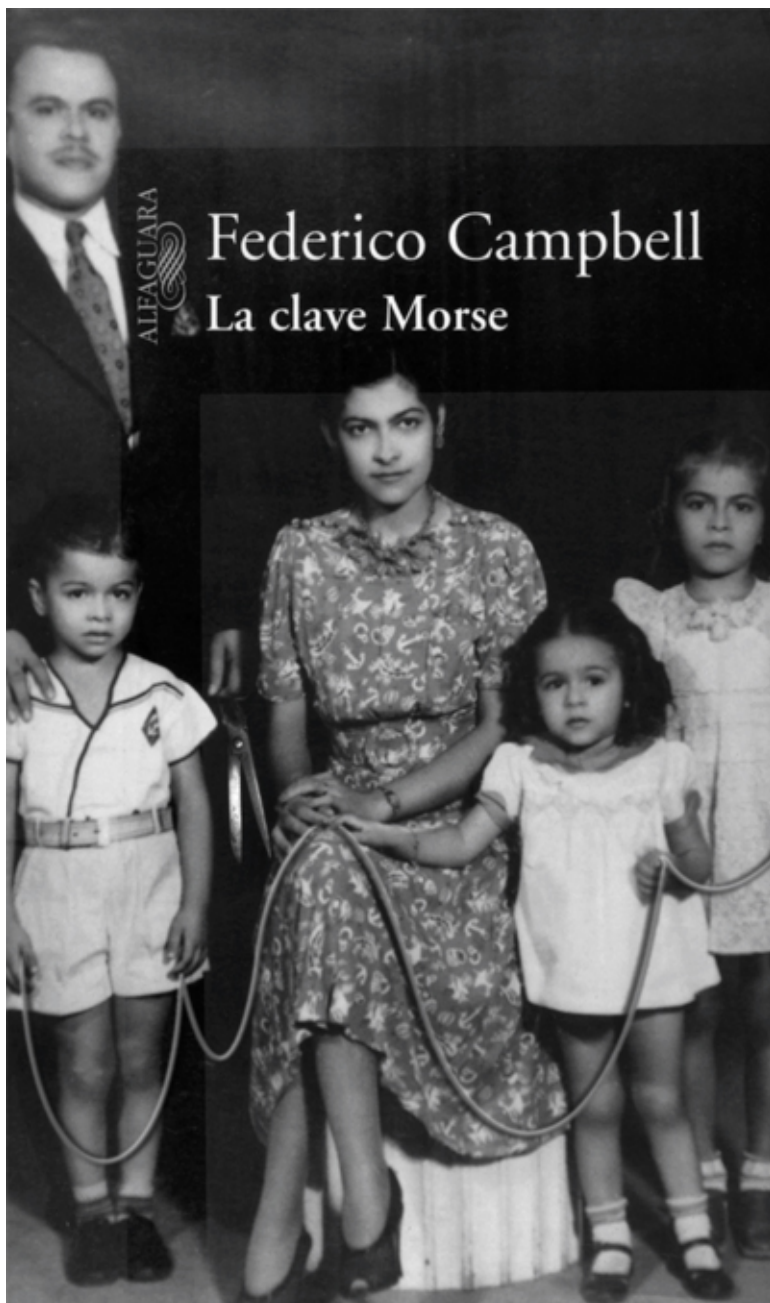
Es curioso verificar cómo las obsesiones de un escritor regresan siempre al punto de partida. Las palabras que cité hace poco, provenientes de *Todo lo de las focas*, publicada por primera vez en 1978, son casi idénticas a las que escribió Campbell en el último capítulo de *La clave Morse*, editada en 2001, una autobiografía disfrazada quizá, debido, como asegura el propio Campbell, “a las restricciones que imponen el pudor y el respeto a las personas reales y sus nombres”:

Era como una frontera la que sentía interpuesta al recordar. Una alambrada. Un alto. Hasta allí no puedes llegar... Mis palabras no eran mis palabras. Estaba demasiado impregnado de razonamientos extraños y de percepciones que otros, no yo, habían tenido. Las frases de los libros interferían desbocadas pensando por mí: me pensaban, me violaban... [Era] no un animal en extinción sino extinguido. Es decir, en cierto modo yo ya no existía.

Esa conciencia de invisibilidad le hace decir en otra parte, en una de sus últimas entrevistas: “Creo que la

verdadera muerte es la que sucede antes de morir. Esos años previos en que entras en una etapa de salud más vulnerable. La ventaja es que te baja el espíritu de competencia y el deseo de éxito social. Así que te puedes quedar más tranquilo y escribir lo que puedas. Hay pruebas objetivas de que no la hice, de que no conseguí un lugar en el catálogo de la literatura mexicana”.

Y pienso que esa conciencia torturada de ser inexistente, de ser apenas vocero de los otros, de ser un intermediario de otras voces, de no ocupar un sitio, el que se merece y merecía dentro de la literatura mexicana actual —y que puede oírse de nuevo como un eco en estas palabras de *La clave Morse*: “sentir hartazgo de las labores tan fugaces y transitorias del periodismo... Se me habían vuelto mecánicas y repetitivas... Tenía la sensación de que otras personas hablaban a través de mí y de que yo era alguien sin voz propia” — es justamente lo más valioso de su obra.



3. LOS PADRES, EL VERDADERO Y LOS OTROS PADRES

En *La clave Morse*, Campbell se siente imposibilitado para revivir su infancia, sobre todo incapaz de expresar lo que para él fueron sus padres, la imposibilidad de trazar su propia genealogía, aunque haya intentado hacerlo muchas veces, o casi siempre, en muchos de sus diversos textos. Son sus hermanas, entrevistadas por él, por el periodista, las que hablan de los padres, aunque sus personalidades y las del narrador se hayan encubierto con nombres falsos, diluyendo así el pacto autobiográfico. El narrador se asombra, como todos lo hacemos, de que las mismas o las aparentemente mismas vivencias de la infancia hayan sido vividas de manera tan diversa por cada uno de los hermanos. En verdad, el ejercicio al que se somete el verdadero periodista es el de desaparecer para que los otros aparezcan y hablen. ¿Y acaso no es un periodista fantasma el que escribe la falsa historia que habrá de difamar a Álvaro Ocaranza en *Pretextos o el cronista enmascarado*?

¿Periodista? Sí, pero como una forma de sustitución. Lo que Campbell desearía ser en el fondo, y así lo confiesa, es convertirse en un telegrafista, adoptar el oficio de su padre, un padre alcohólico que de manera vicaria reaparece en uno de sus últimos libros, *Padre y memoria*, en la figura de los padres de otros escritores cuyos progenitores fueron alcohólicos, los padres de Sam Shepard, de Frank McCourt, de Raymond Carver y, también, aunque no fueran alcohólicos, los padres de otras grandes figuras literarias como Paul Auster o Philip Roth, padres totalmente invisibles para sus hijos aunque estuvieran presentes en la carne; asimismo, el padre inexistente de Jean-Paul Sartre, del que este habla desde el epígrafe del libro de Campbell, cuando declara: “Si hubiera vivido, mi padre se habría echado encima de mí con todo su peso y me habría aplastado. Afortunadamente, murió joven” (*Padre y memoria*).

Quizá lo mismo habría podido decir Roland Barthes y seguramente Juan Rulfo, a quien Campbell eligió como padre putativo.

Ya lo había manifestado Federico casi abiertamente en su relato “El día del telegrafista”, incluido en la compilación *Regreso a casa*, recién reeditada por Conaculta; allí se duele de la obsolescencia de muchos objetos que han ido perdiendo su valor de uso y de cambio con la revolución de la electrónica. La máquina de escribir y los mecanógrafos, los telegramas y los telegrafistas, las cartas y los carteros, la cámara de fotografía analógica y la digital, los periódicos frente al Facebook y el Twitter, entre otras cosas... Nostalgia que le permite revivir la figura del padre de manera indirecta y escribir:

Y es que en realidad y desde que tengo memoria, entre los cuatro y los diez años, me moví como en mi casa en

una oficina de telégrafos, en la avenida C de Tijuana, frente a la Joyería Ynda y el Cinelandia. Sobre todo los días de quincena, cuando le caíamos a mi papá para que nos invitara unas nieves. Oía la chicharra del aparatito Morse y el teclear de las máquinas. Olía a cigarro y había un reguero de papeles por todos lados, como en las oficinas de redacción de los periódicos. Tal vez por eso, como le sucedió al hijo del telegrafista de Aracataca, he empezado a tener la sensación de que a lo largo de la vida no he sido más que un telegrafista, es decir un intermediario, como dice G. G. Márquez que es el escritor. Un transmisor.

El que transmite usa la palabra de los otros, una de las ocupaciones favoritas de Campbell, por ejemplo, cuando en la década de los setenta decidió inventar una pequeña editorial, La Máquina de Escribir, donde publicaría los libros de los otros, de los que comenzaban a escribir, de los que aún no eran famosos y de quienes probablemente nunca lo serían, un experimento efectivo que de alguna manera puede asociarse con *Infame turba*, ya mencionado aquí, cuando entrevistó a los poetas y novelistas españoles que se destacarían más tarde, como Vázquez Montalbán, Luis Goytisolo, Pere Gimferrer, Jaime Gil de Biedma...

En esta misma línea es posible insertar *La memoria de Sciascia*, sobre el gran escritor siciliano, amigo suyo y otro de sus padres literarios: el periodista, maestro, dramaturgo y autor de novelas que desvela la conexión que existe entre el poder, la impunidad, la corrupción y la desaparición del Estado. El ensayo de Campbell ha sido considerado en Italia como uno de los más importantes escritos sobre Sciascia, famoso cronista del asesinato de Aldo Moro. En su libro, Campbell concibe a Sicilia como la metáfora del mundo actual y demuestra el proceso de sicilización de México. Temas en los que ya había incursionado de alguna manera en *La invención del poder*, *Máscara negra* y en varios artículos periodísticos compilados en *La era de la criminalidad*, editado recientemente por el FCE, donde trata muy diversos temas, entre ellos, algunos de mis favoritos, concernientes a la novela policiaca, como la extraordinaria invención de Maigret por Georges Simenon, personaje que sobrepasa a su creador, o la famosa estratagema ideada por Edgar Allan Poe en su cuento “La carta robada” de colocar en el lugar más evidente aquello que se desea esconder...

4. LA MEMORIA

Recordar al padre, reinventarlo exige un ejercicio de imaginación y de memoria, y ese ejercicio lo encamina a dedicar casi todo *Padre y memoria* a analizar los mecanismos de esta facultad que los humanos tenemos y sin

la cual no podrían existir los seres humanos ni la historia ni la literatura. En su fidelidad a ese papel de transmisor, Federico nos comparte sus lecturas, la asombrosa cantidad de lecturas que hizo durante su vida, de las que nos entregó finos análisis, de la literatura estadounidense en particular y las de Cervantes, Shakespeare, Flaubert, Proust, Borges, Kafka, Henry James, autores para quienes el problema de la memoria es capital. Para él Proust fue *avant la lettre* un neurocientífico:

Ya en una edad adulta, a los cincuenta años, Marcel Proust sintió de manera dramática el paso del tiempo. Todo se desvanecía, de manera cada vez más rápida. El asma lo condenó a vivir encerrado entre paredes de corcho. Y sólo pudo expresarse con lo único que tenía: la memoria. Empezó a escribir, a escribir, a escribir y ponía tal atención al flujo de sus pensamientos, sus emociones y sus sueños que empezó, sin saberlo ni buscarlo, a entender el funcionamiento del cerebro —y en esa *terra incognita*— el de la memoria.

Pero Campbell no sólo era un gran lector de literatura, fue un lector asiduo de libros científicos y de algunos de divulgación como los que publicó Simón Brairowsky, científico mexicano fallecido prematuramente, quien, dice nuestro autor, “sabía que ningún conocimiento tiene por qué ser hermético y todo se puede entender si se estudia con cuidado, incluso el funcionamiento del sistema nervioso central”. De esta manera va pasando revista a los últimos y grandiosos descubrimientos de la neurociencia, de las relaciones entre imaginación y memoria, entre sentimiento y pensamiento, la aceleración del tiempo, la dispersión de la memoria, el efecto de las drogas, los efectos y origen del Alzheimer, o sobre el llamado error de Descartes. Leamos:

El postulado primordial de Descartes “Pienso luego existo” es una falacia: no se puede pensar antes de ser... Si Descartes pensaba que pensar era una actividad ajena al cuerpo... los indicios más ancestrales de la humanidad permiten ver que, para sobrevivir, el ser se hizo de un conocimiento elemental que desembocó en la posibilidad de pensar y después de usar el lenguaje para organizar y comunicar mejor sus pensamientos. Primero estuvo el cuerpo, dice Damasio, y luego el pensamiento...

Dejo aquí la enumeración de los temas que frecuentó Federico, porque estoy segura de que de ellos nos hablará el eminente neurobiólogo mexicano Ranulfo Romo, muy amigo de Campbell, presente aquí. **U**

Texto leído el 15 de febrero de 2015 en el homenaje a Federico Campbell realizado en el Palacio de Bellas Artes, y en el que también participaron Juan Villoro y Ranulfo Romo.